

Fecha: 22/05/2018
Fuente: La Segunda
Pag: 26
Art: 2

Tamaño: 30,7x32,7
Cm2: 1.003,4
VPE: \$ 4.457.189

Tiraje: 12.386
Lectoría: 33.116
Favorabilidad: ☐ No Definida

Título: Desigualdad, élites y encuentro. Algunos desafíos para la cohesión social en Chile

Desigualdad, élites y encuentro. Algunos desafíos para la cohesión social en Chile

En un artículo del último número de la revista del Centro Estudios Públicos, la historiadora Catalina Siles presenta una mirada en torno a la desigualdad en el marco del proceso chileno de modernización en las últimas décadas. Siles en este extracto analiza el significado del desarrollo económico y la “sociedad de mercado” frente a la desigualdad.



Este artículo del IES argue que la desigualdad se ha convertido en uno de los principales desafíos para la cohesión social en Chile. De acuerdo con la literatura que se cita, las aspiraciones democráticas modernas exigen, entre otras cosas, cierta equidad en la distribución de los bienes socialmente relevantes, de modo tal que todos los ciudadanos puedan sentirse parte de un proyecto comunitario.

Artículo publicado en la edición Nº 149 de Estudios Públicos, revista del Centro de Estudios Públicos.



Fecha: 22/05/2018
Fuente: La Segunda
Pag: 26
Art: 3

Tamaño: 31,3x32,5
Cm2: 1.016,0
VPE: \$ 4.512.925

Tiraje: 12.386
Lectoría: 33.116
Favorabilidad: ☐ No Definida

Título: Desigualdad, élites y encuentro. Algunos desafíos para la cohesión social en Chile

“Sociedad de mercado”, desigualdad y cohesión social

En *La democracia en América*, Tocqueville advierte la siguiente paradoja: al mismo tiempo que la era moderna supone una mayor igualdad de condiciones —eso es justamente lo que le maravilla de la sociedad norteamericana—, uno de los peligros a los que tiene el modelo capitalista industrial es a formar una aristocracia en el seno de una democracia. En sus palabras, “así, a medida que la masa de la nación gira hacia la democracia, la clase particular que se ocupa de la industria se vuelve más aristocrática. Los hombres se muestran cada vez más semejantes en una y cada vez más diferentes en la otra, y la desigualdad aumenta en la pequeña sociedad en la misma proporción que decrece en la grande”.

De este modo, entre el empresario y el obrero —por ocupar sus propias categorías— puede llegar a formarse un abismo que los desvincule permanentemente, pues ya no existe nada en común entre ambos.

Cuando se da ese supuesto, sólo permanecen unidos como eslabones extremos de una larga cadena que los hace mutuamente dependientes por sus intereses propios, pero sin un contacto —un vínculo real— entre sí. Por contraste, cuando existe mayor igualdad de condiciones, la semejanza entre los hombres —que permanecía escondida en las sociedades estamentales— se muestra de modo más patente, lo que facilita las relaciones y solidaridad mutua.

En atención a eso, Tocqueville insiste en cuidar que la desigualdad permanente de condiciones, propia del Antiguo Régimen, no se instale en las nuevas democracias. Con esto el pensador francés no se refiere a que deba existir una igualdad total o aritmética entre los miembros de una sociedad, sino, más bien, una que les permita verse y reconocerse entre sí como semejantes. Una “igualdad relacional”, diría Rosanvallon, a través de un equilibrio de poder (cualquiera sea su fuente), en el que las diferencias no respondan a una jerarquía infranqueable, rígida y hereditaria, sino a aspectos circunstanciales, móviles y equitativos. De esta forma, continúa el argumento, nadie puede sentirse superior a los demás y concentrar una cuota tan importante de recursos de distinta índole, que le permita establecerse permanentemente en una posición de privilegio. A fin de cuentas, excesivos diferenciales de poder en una determinada configuración social pueden generar un distanciamiento y apartamiento de ciertos grupos, con las consecuentes tensiones al interior de la comunidad.

Cuando esto sucede, se produce una pérdida de confianza y legitimidad en el orden establecido que debilita los niveles de cohesión social, a veces con altos grados de conflictividad.

Tocqueville señala, además, que en los órdenes sociales democráticos la concentración del dinero puede constituir un peligro para los anhelos de igual-

dad que caracterizan a estas sociedades. Así, afirma que “en los países donde el dinero proporciona poder, la importancia de los hombres está en relación más o menos directa con las riquezas que poseen”.

Es decir, la riqueza se convierte en el fundamento más importante de los privilegios de la “nueva aristocracia”.

Es justamente eso lo que advierte después, en el siglo XX, Karl Polanyi en *La gran transformación*, a propósito de los procesos de modernización capitalistas.

En su análisis, el autor se detiene en los efectos desocializadores del establecimiento de una “sociedad de mercado” —distinta de una economía de

mercado—, en la que el mercado y el dinero se convierten en el elemento rector de la vida social.

Una sociedad cuyas operaciones sociales se coordinan mayoritariamente a través de interacciones mercantiles pierde, según Polanyi, un aspecto esencial de la cohesión social: la comunidad de fines y valores. Se favorece la atomización de las relaciones sociales, los vínculos entre las personas pierden su contenido personal y comunitario, y se vuelven funcionales exclusivamente a intereses particulares.

Asimismo, si bien el establecimiento de una “sociedad de mercado” usualmente pone más dinero en poder de todas las personas, lo hace de manera que podría llegar a ser profundamente desigual, acentuando las distinciones basales entre los diversos sectores sociales y erosionando los niveles de integración. El mercado autorregulado, siendo una forma muy abstracta de coordinación de vínculos sociales, tiene, sin embargo, muchas dificultades para reunir toda la información relevante para una distribución equitativa de los bienes.

En concreto, no considera las diferencias extra-mercantiles (producto de variables individuales, como las capacidades personales, y estructurales, como el nivel socioeconómico de origen), las que tienen a reproducirse a través del propio mercado.

Cabe agregar que la “colonización” del mercado de cada vez mayores ámbitos de la vida social permite que el dinero se convierta en el principio que determina el reparto de la inmensa mayoría de los bienes socialmente relevantes —materiales y simbólicos—, o de las diversas formas de “capital”, en términos de Bourdieu, sobre los cuales se basa nuestra configuración social. De este modo, quienes poseen más dinero suelen contar con los recursos necesarios, no sólo para desplegar sus capacidades personales, sino también para participar en los distintos espacios de la vida comunitaria. Y a la inversa, quienes no están dotados monetariamente quedan en una posición de marcada exclusión, tanto de los asuntos públicos como de los bienes elementales para llevar una vida plenamente humana. Así, el costo que se pagaría por el incremento (dispar) de las condiciones de vida de las personas es una “dislocación social”, en que las minorías privilegiadas pasarían a llevar una vida fundamentalmente ajena a la que desarrollan los demás grupos sociales.

De acuerdo a los autores que acá hemos seguido, el temor que expresaba Tocqueville no parece ser infundado: la desigualdad social en las democracias capitalistas, como en el caso de Estados Unidos, pa-

Fecha: 22/05/2018
Fuente: La Segunda
Pag: 27
Art: 2

Tamaño: 23,3x36,6
Cm2: 853,2
VPE: \$ 3.789.747

Tiraje: 12.386
Lectoría: 33.116
Favorabilidad: ☐ No Definida

Título: **Desigualdad, élites y encuentro. Algunos desafíos para la cohesión social en Chile**

rece haber adoptado nuevas formas en lugar de resolverse. En concreto, pareciera que esta desigualdad se ha traducido —dada la alta concentración de capitales en la cúpula de la estructura social— en un excesivo distanciamiento de la élite del resto del entramado social, contradiciendo las expectativas democráticas.

Desigualdad y distanciamiento de la élite económica

De modo amplio, las élites pueden entenderse como aquellos grupos minoritarios determinantes en las decisiones estratégicas que configuran las condiciones de vida de una sociedad.

Tal como explican las distintas perspectivas teóricas al respecto, desde la aproximación clásica formulada por Mosca y Pareto hasta nuestros días, ellas constituirían un fenómeno universal. Sin embargo, según el contexto histórico, las élites cambian su composición, así como también el sustento de su legitimidad y el modo en que se vinculan con el resto del entramado social, todo lo cual responde, entre otros aspectos, a los fundamentos simbólicos de una determinada sociedad. En este sentido, como es sabido, una de las primeras pretensiones de la modernidad es que toda diferenciación social sea vista como contingente y no como un orden “natural” de la sociedad, que asigna a cada uno su rol en la estructura social. Las distinciones entre unos y otros dejan, por tanto, de responder a un fundamento adscriptivo, permitiendo que, en primera instancia, todos puedan reconocerse y relacionarse en cuanto iguales.

Este principio está en la base del cuestionamiento que caracteriza a las élites contemporáneas, particularmente a las económicas, sobre las que se refiere este ensayo. La transformación económica de las democracias capitalistas no sólo no supuso una disminución de la desigualdad, sino que además consolidó a una élite que hoy aparece fuertemente deslegitimada. Esto, entre otras cosas, debido a una alta concentración de recursos sumada a una escasa movilidad social en su interior, semilla de un aislamiento progresivo que se expresa en formas de vida muy diferentes de las de la gran mayoría, pero también en el desinterés de la élite respecto de aquello que se define como lo “común”, y que ha sido destacado ya por autores como Christopher Lasch y Charles Murray para el caso de Estados Unidos.

Ésta es justamente la crítica detrás del famoso eslogan “somos el 99 por ciento”, utilizado inicialmente por el movimiento estadounidense Occupy Wall Street el año 2011, y que se extendió por numerosos países para denunciar la indignación de la mayoría de la población frente al uno por ciento que determina la vida económica y política a través de un enorme control sobre los recursos del país, pero sin considerar los intereses comunes.

El contexto institucional que dio al dinero un papel fundamental en la distribución de los bienes, articulándose como el principal coordinador de las relaciones sociales, habría sido también importante en el fortalecimiento de esta élite desvinculada de

los demás grupos sociales.

Si lo anterior es plausible, en lugar de acercarse al resto de sus conciudadanos como parte del proceso democrático, pareciera que se mantiene una suerte de abismo entre las élites y el resto de los sectores sociales. Y si esto es así, proponemos, podría llegar a tener consecuencias sobre la posibilidad de construir un proyecto común, generando finalmente un debilitamiento de la cohesión social. Como advertimos en la introducción, este ensayo no sostiene que el distanciamiento sea un fenómeno nuevo ni tampoco mayor a otros momentos históricos, sino que ha adoptado nuevas formas, debido a la transformación del orden social. Si en las sociedades tradicionales, cuya estructura social se basaba en relaciones estamentales, el distanciamiento entre los grupos sociales se expresaba en términos de una rígida jerarquía y escasa movilidad social —conformando una “comunidad de desiguales”, como diría José Bengoa—, hoy podría decirse que la distancia se presenta más bien en términos de “capital” —en el sentido complejo del concepto que hemos seguido hasta el momento—, con implicancias tanto materiales como simbólicas. Esto se traduce, entre otras cosas, en la dificultad de generar experiencias compartidas y en un escaso interés por un bien común.

Charles Murray, por ejemplo, en su reciente libro *Coming Apart*, describe el surgimiento, durante los últimos 50 años, de una nueva clase alta en los Estados Unidos, que ha tendido a distanciarse del modo de vida norteamericano, hasta el punto de volverse culturalmente irreconocible para el ciudadano común y corriente. Se trata de un grupo más rico, con una alta formación universitaria y profesional, segregado y fuertemente endogámico. Pero, además, sostiene Murray, lo caracteriza una creciente ignorancia respecto del país que manejan.

En esta línea, avanza la crítica de Christopher Lasch a la nueva élite formada en el contexto de las “sociedades de mercado”. Para el autor de *La revolución de las élites*, si bien siempre han existido grupos privilegiados, estos nunca habían estado tan peligrosamente aislados de su alrededor, de la vida común de los ciudadanos, como en la actualidad.

Aunque el argumento pueda ser discutible, tiene su fundamento. Entre los factores que influyen en la desvinculación que se denuncia, se aprecian realidades características de la sociedad creada en las últimas décadas bajo las transformaciones económicas capitalistas. Así es posible mencionar, en primer lugar, el explosivo aumento de la riqueza en estos sectores. Esta acumulación de capital económico se torna problemática en la medida en que intensifican las divisiones sociales.

En efecto, la distancia en términos de ingreso que se produce entre los percentiles superiores de la escala social con el resto de la población resulta bastante llamativa. El problema, sin embargo, no es sólo que los ricos tengan mucho dinero, sino que además el dinero los aisle de la vida común. Y si esto es plausible, este distanciamiento no se expresa solamente en términos materiales —en la desigualdad de ingresos—, sino que también simbólicos, en la medida en que el capital económico permite, o por lo menos acentúa, la acumulación de otras formas de capital sobre las cuales se fundamenta la estratificación social, como el cultural y social.



“Una sociedad cuyas operaciones sociales se coordinan mayoritariamente a través de interacciones mercantiles pierde, según Polanyi, un aspecto esencial de la cohesión social: la comunidad de fines y valores. Se favorece la atomización de las relaciones sociales, los vínculos entre las personas pierden su contenido personal y comunitario, y se vuelven funcionales exclusivamente a intereses particulares”.

“Proponemos que el cuestionamiento al “modelo” que se ha expandido en la sociedad chilena puede tener que ver, en parte, con la persistencia de una desigualdad que el proceso de modernización, iniciado en dictadura y consolidado por la Concertación, no ha podido resolver”.

Catalina Siles

es historiadora de la Universidad de los Andes. Magíster en historia de la PUC y estudiante del doctorado en sociología de la PUC. Actualmente es investigadora del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES) y editora del libro *Los invisibles* (2016).